



# EL PORTAAVIONES

MAITE R. DE AZUA

No se sabe a quién se le ocurrió ponerle a la plaza el nombre de “el portaaviones”, ya que jamás llegó a aterrizar en ella ningún artefacto volador, ni siquiera una triste paloma, aparte de que en este pueblo no las hay, a lo sumo dejó sus huellas algún que otro gorrión despistado. El nombre, sin embargo, le cuadraba a la perfección por quedar anclada como un bloque elevado y compacto, muy ancho y aún bastante más largo.

El día en que colocaron las últimas baldosas, las madres alarmadas se echaron las manos a la cabeza al imaginar que su precioso niño podía rodar escaleras abajo, o aún peor, caer en vertical desde el ancho pretil del “portaaviones”, pequeño riesgo que, por otra parte, hacía las delicias de la chiquillería.

Según las horas del día variaba la concurrencia. En las tranquilas horas de sol era buscado por los abuelos y abuelas, y allí se escuchaban los comentarios del fallecimiento del primo de Miguel, sí, hombre, ya sabes quién, el que tenía aquel bar en la calle Santa Clara, el que se casó con una de las Esnaolas. Y entonces todos asentían con la cabeza, porque si no conocían al primo, al menos sabían quién era Miguel, que en paz descanse también. En realidad asentían todos menos la señora Catalina, que era sorda como una tapia y a quien le daba lo mismo que el fallecido fuera el primo de Miguel o que las Esnaolas hubieran ingresado en el asilo. La señora Catalina sólo atendía a su labor: jerseys con dibujos de ochos para los niños mayores, y calcetines y camisetitas de ganchillo para los chiquitines.

La salida de la escuela marcaba el comienzo de la hora de los chavales y la retirada de los abuelos, que emigraban lo más rápidamente posible por no tener que sortear las cuerdas que zumbaban en el aire al recitado de la lección de geogra-

fía: “Ávila, Segovia, Soria, Logroño, Burgos, Santander...” (Me pregunto qué es lo que entonarán ahora los niños tras el cambio de las comunidades autónomas), o para evitar el espectacular “chut” de un aspirante a futbolista, o lo que resultaba aún más terrible, ser atropellado por uno de esos chavales que andan como locos sobre las bicicletas sin mirar por dónde van.

A medida que llegaban los niños el bullicio iba en aumento y al final aquello era un hervidero de críos, gritos, carreras y lloros. El que tropezaba y caía al suelo miraba de reojo a ver si la madre estaba al tanto, cuando ocurría así acudía junto a ella en busca de consuelo. Si la madre, por el contrario, charlaba entretenidamente con la vecina, la respuesta habitual era un rápido: “Anda, que no tienes nada”, y no merecía la pena acercarse.

El atardecer era patrimonio de los jóvenes, devoradores insaciables de pipas, que allí por donde pisaban dejaban su rastro de cáscaras. Su mayor afición era sentarse de manera que las piernas quedaran colgando hacia la parte de afuera del “portaaviones”, preferentemente hacia el lado de las tiendas, pues la vista de la carretera con las idas y venidas de los coches resultaba poco excitante. Era mucho más interesante adoptar la posición de vigía para controlar la presencia de otras cuadrillas y desde allí compartir con los amigos la impresión sobre Marisol o Ana, los encontronazos en clase con Iñaki o los comentarios sobre el último modelito que vestía Susana.

La noche traía su abandono, a excepción del caso de algún aficionado al noctambulismo. Quizá era en las noches de verano, las de la pereza por ir a casa y el saberse libre de quehaceres engorrosos, cuando se prolongaban las charlas y las pipas hasta altas horas.